

Reflejos cómplices

Magdalena Ventura parecía interrogarme con la mirada. ¿O afirmaba? Quizás ni lo uno ni lo otro. Simplemente estaba pensando en la fuerza con la que el niño le succionaba el pecho mientras miraba al frente para no rozar con su barba la tez pueril. En cualquier caso aparentaba comunicarse conmigo. La gente a mi alrededor prefería dedicar su atención a otras obras como *Una Anacoreta* o el *Martirio de San Bartolomé*. No eran conscientes de que en esa sala había dos mujeres barbudas: una frente a la otra, como un reflejo atemporal que José de Ribera hubiera adivinado en su taller. El marido de Magdalena me escrutaba con el ceño fruncido como en su día pudiera hacer mi padre.

El sonido de mi nombre me sacó de mi ensimismamiento. *'Nos volvemos a la facultad. Recoge rápido que el grupo no nos espera.'*

Mientras guardaba el cuaderno de dibujo y plegaba el trípode volví a mirar a Magdalena. Justo en ese preciso instante pasó. ¿Me había guiñado un ojo? ¿O sería algún reflejo sobre el cristal protector? Fijé mi atención una vez más en el marido y la mirada seria del comienzo ahora parecía buscar mi complicidad. Y entonces lo comprendí: quizás no éramos dos sino tres las mujeres con barba en aquella habitación. Sonreí al retrato sorprendiendo a mi compañera y me apresuré para volver con el grupo.

'Mira que eres raro, Leno. Con la de obras que hay en el museo y te ha llamado la atención esa. ¿De dónde viene tu nombre, por cierto?'

'Diminutivo de Magdaleno, como mi abuelo.' No podía quitarme la sonrisa de la cara. Agarré de la mano a mi compañera y tiré de ella corriendo hacia nuestro grupo al tiempo que le decía: *'Querría contarte algo...'*

